

levantaron los brazos y exclamaron con acento de terror y súplica.

— ¡Aah!... ¡Aaaaah!...

Vinicio, de un brinco, se colocó junto á ellos.

— ¿Dónde está Ligia? — gritó con voz de trueno.

Gulón se adelantó con la faz ensangrentada y, timidamente, exclamó:

— ¡Mira esta sangre, señor! ¡La hemos defendido! ¡Mira esta sangre!...

No pudo terminar. Vinicio cogió un candelabro de bronce y de un golpe le destrozó el cráneo. Después se llevó las manos á la cabeza y mesándose los cabellos clamó con voz ronca:

— ¡Desdichado de mí! ¡Desdichado!...

Se puso livido; los ojos le saltaban de las órbitas; tenía los labios espumeantes.

— ¡Que les apaleen, pronto; que les den de palos! — gritó al fin con voz terrible.

— ¡Señor! ¡Aaaaah, ¡perdón!... — gemían los esclavos.

Petronio salió del atrio con la expresión del asco en el semblante.

Un momento después, en todos los ámbitos de la casa adornada de follaje resonó el silbido de las varas y el gemido angustioso de los esclavos. El suplicio duró hasta apuntar el alba.

## SEGUNDA PARTE

### I

Aquella noche Vinicio no se acostó. Los gemidos de los esclavos azotados no eran bastantes á mitigar ni su angustia, ni su ira. Impaciente y anonadado, salió de su casa con algunos hombres de la servidumbre y recorrió, en busca de Ligia, el distrito del Esquilino, la Suburra, el *Vicus Sceleratus* y todas las calles contiguas; subió al Capitolio, y por el puente Fabricio se trasladó á la isla y discurrió después por todo el *Transtevere*; interminable caminata sin plan y casi sin objeto, puesto que Vinicio no esperaba dar con su amada y sólo se proponía ocupar las horas de aquella espantosa noche en algo que no fuera el reposo. Regresó á su mansión al amanecer, cuando empezaban á transitar por las calles, con sus mulos, bueyes y carretas, los hortelanos y abrían los panaderos sus tiendas. Hizo retirar el cadáver de Gulón, que nadie se había atrevido á tocar, y ordenó que los esclavos azotados durante la noche fuesen enviados á los ergástulos del campo, castigo tan terrible como la muerte. Después se echó sobre un diván del atrio y se puso á reflexionar respecto á los medios de dar con el paradero de Ligia. No le parecía cosa puesta en razón renunciar á ella ni verosímil el perderla para siempre. Sólo el pensamiento de que esto pudiera suceder le sacaba de quicio. Por primera vez en la vida hallaba un obstáculo que no cedía ante su imperiosa voluntad, y precisamente al sentir el más impetuoso y encendido de sus deseos. Persuadido de que no podría vivir sin ella, de que la fuga de la virgen constituía una burla y un ultraje á su pasión, se sintió presa de rabia impotente, con súbitos relampagueos de odio contra su misma amada, á quien, en aquel ins-

tante, hubiera deseado tener al lado para torturarla. Mas, de improviso, le asaltaba profunda melancolía, á la que se mezclaba el ansia de oír su voz, de contemplar con arrobamiento sus dulces ojos azules. Entonces la llamaba cariñosamente, apoyaba con indolencia la cabeza en las manos y trataba de reflexionar con calma sobre los medios de volverla á ver. Este propósito le resultaba siempre fallido. ¡Cuántos planes, cuántos recursos, todos absurdos, le sugirió la desbocada imaginación!

Por fin, una idea se sobrepuso á las demás; una sospecha terrible le invadió el alma: Aulo había realizado el rapto, y, ó bien tenía á Ligia en su casa, ó bien conocía el lugar donde se ocultaba.

Saltó del diván y se dispuso á marchar á casa de Aulo con el propósito bien decidido de acusarle de desobediencia á las órdenes del César y de hacerle condenar á muerte si no le revelaba el paradero de la joven. Y era tan desatentado su furor que concibió la idea de vengarse de los Aulo aun cuando le revelaran el lugar donde estaba oculta Ligia, gozándose de antemano en el espectáculo de la desesperación de Pomponia al presentarse el centurión con la sentencia de muerte para su marido.

—El César me concederá esta merced—se dijo—porque nunca nos niega á los augustales aquello que puede dañar á las personas que le son enojosas.

Pero al llegar á este punto de sus cavilaciones, otra sospecha, todavía más terrible, le hizo estremecer. Y ¿si el raptor fuese Nerón?... ¿Acaso no solía realizar con sus augustales, para distraer los ocios, agresiones nocturnas? El mismo Petronio, una que otra vez, había tomado parte en ellas, por pasatiempo. No era aventurado suponer que Ligia había sido víctima de una de las calaveradas del César. Ciertamente, estando ya en el Palatino, no necesitaba recurrir á tales expedientes para retenerla. Pero, como afirmaba Petronio, Nerón no tenía el valor de sus actos.

Después de estas consideraciones, Vinicio desechó la sospecha de que Aulo se hubiese apoderado de la joven. Y ¿quién más hubiera podido realizar tan atrevida empresa; tal vez aquel gigantesco ligio que, en medio del *triclinio*, se la había arrebatado de las manos? ¡Ah, no! no era posible tanta osadía en un esclavo. Restaba una sola hipótesis con fundamento: la de que el raptor era el César.

Y siendo así, no podía abrigar esperanza alguna de recobrarla. De cualesquiera otras manos era posible sustraerla; de las del César, no. Entonces, con suma claridad, echó de ver cuánto amaba á Ligia. De la misma suerte que un naufrago se acuerda, en un instante de intensa lucidez, de todo su pasado, así se acordó Vinicio de su amada. Y su imaginación se la representaba, ora al lado de la rumorosa fuente, en casa de los Aulo, ora en el *triclinio* del palacio imperial, hermosa, esbelta, tímida, envolviéndole con las suavísimas miradas de sus ojos azules, regalándole los oídos con la dulce miel de sus palabras ingenuas; elegida entre todas las elegidas, única entre todas las mujeres y entre todas las diosas. Y el pensamiento de que Nerón se la hubiese arrebatado le hacía renacer en el corazón, siempre inclinado á las terribles violencias, un odio tan inmenso que se sentía tentado de estrellarse la cabeza contra los muros del atrio. La idea de la venganza era lo único que le prestaba algún consuelo.

—¡Seré tu Casio, Nerón!—repetía, acordándose del asesinato de Caligula.

Y, cogiendo un puñado de tierra de una de las macetas que estaban cerca del *impluvio*, juró por Hécate, por Erebo (1) y por todos sus dioses familiares que no dejaría el ultraje sin castigo.

Ordenó que se le llevase al palacio imperial. En la litera, su impotente rabia le sugirió nuevos proyectos de venganza. Había oído explicar que los sacerdotes de cierta diosa egipcia sabían provocar por la sola influencia de su deseo enfermedades terribles, é hizo el propósito de consultarles. Le habían dicho, estando en Oriente, que los hebreos, por medio de conjuros, lograban llenar de úlceras el cuerpo de sus enemigos. Tenía una docena de esclavos judíos y concibió el proyecto de hacerles azotar hasta arrancarles el secreto.

La litera se detuvo frente al soberbio arco del peristilo. Descendió Vinicio, pensando que si los pretorianos de la guardia

(1) *Artemisa* ó sea la diosa de la caza y de la noche, de la Mitología griega, era presentada bajo dos aspectos: el de *Diana* y el de *Hécate*. Bajo el segundo era una divinidad de los infiernos, protectora de la hechicería y los encantamientos.

*Erebo*, según dicha mitología, era hijo del *Caos* y de la *Noche* y fué precipitado á los infiernos por Júpiter, en castigo de haberle atacado con los Titanes.

habían recibido la consigna de no dejarle pasar ó le registraban para saber si llevaba armas, podía dar por cierto que el César era el autor del rapto. Pero se le acercó el centurión y con amistosa sonrisa le dijo:

—¡Salud, noble tribuno! Si has venido para cumplimentar al César, mala hora has escogido.

—¿Qué ocurre?— preguntó Vinicio.

—La divina Augusta, la hija de Nerón, se puso ayer tarde repentinamente enferma. El César y Popea se hallan con varios médicos á su lado.

Era éste un acontecimiento de excepcional gravedad. Nerón había celebrado con delirante júbilo el natalicio de su hija. En Ancio, donde vino al mundo, se levantó un templo en honor de las dos Fortunas y se verificaron espléndidas fiestas. El César, incapaz de tener mesura en nada, amaba desmesuradamente á esta niña, y la quería también Popea porque afianzaba su dominio sobre el corazón de su esposo.

Los destinos del Imperio Romano podían depender de la salud y de la vida de aquella niña. Pero Vinicio se curaba exclusivamente de su pasión y no hizo el menor caso de la respuesta del soldado.

—Sólo quiero ver á Actea—dijo.

Y entró.

Como también la liberta se hallaba al lado de la niña, tuvo que esperarse hasta después de medio día. Actea estaba pálida y palideció todavía más al ver á Vinicio.

—¡Actea!—gritó éste cogiéndola por el brazo y llevándola al centro del atrio;—¿dónde está Ligia?

—Esto mismo te quería yo preguntar—contestó ella con un gesto de reproche.

Aunque el tribuno había hecho propósito de hablar á Actea con calma, no supo contenerse y gritó en tono entre angustiado y colérico:

—¡Me la han robado! ¡Me la robaron al conducirla á casa! Y acercando su rostro al rostro de la liberta, añadió:

—¡Actea! si estimas en algo la vida, si no quieres ser causante de desgracias cuyas proporciones no puedes imaginar. dime la verdad: ¿me la quitó el César?

—El César no salió anoche del Palatino.

—¡Júrame por la sombra de tu madre, por todos los dioses, que Ligia no está aquí!

—Te lo juro, Marco. No está aquí, ni el César te la ha robado. Su hija está enferma desde ayer y Nerón no se mueve del lado de la cuna.

Vinicio suspiró profundamente.

—Entonces—dijo sentándose en un banco y apretando los puños,—el rapto es obra de los Aulo... y ¡ay de ellos!

—Aulo Plaucio ha estado aquí esta mañana y no ha logrado verme porque me hallaba junto á la enferma; pero ha pedido noticias de Ligia á Epafrodites y á otros esclavos y ha anunciado que volvería para hablar conmigo.

—¡Quiere despistarme! Si hubiese ignorado lo que á Ligia le ha acontecido, á mi casa habría ido á buscarla.

—Dejéme escritas en una tablilla algunas palabras de las cuales se desprende que, sabedor de que la muchacha le había sido arrebatada por instigación tuya y de Petronio, ha ido esta mañana á tu casa para averiguar si ya se hallaba en tu poder y allí le han enterado de lo ocurrido.

Y, en diciendo esto, Actea entró en el dormitorio y volvió á salir en seguida con la tablilla escrita por Aulo.

Vinicio leyó la carta y permaneció un rato silencioso. La liberta le sorprendió el pensamiento en el rostro desencajado.

—No, Marco—le dijo después de breve pausa.—Lo acontecido, ha acontecido por la sola voluntad de Ligia.

—¿Sabías, pues, que ella quería huir?

—Conocía su firme resolución de no dejarse llevar á tu casa—contestó Actea mirándole severamente con sus negros ojos.

Vinicio no se calmó con estas razones, antes, por el contrario, tomó mayores vuelos su furor. «El César le había hecho donación de Ligia; le pertenecía, pues, y estaba dispuesto á encontrarla aunque para ello fuese preciso penetrar en las entrañas de la tierra. Huyendo, Ligia había desobedecido los mandatos del César, y éste, ofendido en su amor propio, le prestaría sin duda cuantos auxilios le fuesen necesarios para buscarla, poniendo á sus órdenes, si el caso lo exigía, todas las legiones del Imperio, autorizándole para arrasar cabañas y palacios...»

A estas amenazas contestó Actea, en tono misterioso:

—¡Cuida de no perderla para siempre el día que la encuentre el César!..

Vinicio frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?—preguntó.

—Oye, Marco. Ayer, estando en los jardines, nos encontramos con Popea y su hija, que era llevada en brazos por la negra Lilita. Por la tarde la niña se puso enferma, y asegura Lilita que la enfermedad es debida á un sortilegio de la extranjera que hallaron en el jardín. Si recobra la salud nadie pensará más en este incidente; mas si muere, Popea será la primera en acusar á Ligia de hechicería y entonces ten por seguro que no habrá salvación para ella si su paradero se descubre.

Los dos interlocutores quedaron un rato silenciosos. Después Vinicio balbuceó estas palabras:

—Quizás ha hechizado á la niña... y también á mi.

—Lilita dice que la niña se echó á llorar apenas nos hubieron dejado, y esto es cierto. Sin duda estaba ya enferma cuando la llevaron al jardín... ¡Marco! Busca si quieres á Ligia; pero no hables de ella una palabra al César mientras no haya sanado su hija. Ya la infeliz ha derramado por ti bastantes lágrimas.

—¿La amas, Actea?—preguntó Vinicio con voz apagada.

—Si; me ha inspirado cariño.

—Porque no te ha pagado con odio el amor, como á mi.

Actea le dirigió una mirada de reconvención, y luego, como hablando consigo misma, dijo:

—¡Hombre iracundo y ciego! Ligia te amaba...

Vinicio dió un brinco al oír estas palabras. «¿Sería cierto? .. Pero ¿cómo podía saberlo Actea? ¿Era lógico suponer que al segundo día de conocerla le hiciera tales confianzas? Y ¿qué amor era ese que prefería la indignencia, la vida errante, el porvenir incierto y tal vez una muerte miserable al sosiego y esplendidez de una casa en donde habría sido acogida con transportes de alegría y de afecto? ¡No, no! No era cierto que le amara; le odiaba y moriría con este odio en el corazón.»

Actea, no obstante su natural dócil y apacible, se indignó oyendo á Vinicio.

—¿Qué has hecho para ganarte la voluntad de Ligia?—dijole.—En vez de colmar de atenciones á Plaucio y á Pomponia les has hecho robar á una niña que consideraban como hija, y á ésta la has llevado al palacio en donde toda corrupción tiene su asiento, ultrajando sus inocentes ojos con el espectáculo de una orgía ignominiosa. ¿No te has dado cuenta del ambiente que se respira en la casa de Aulo; de que Pomponia Grecina no es una mujer como las que asisten á los banquetes cesáreos; de que Ligia ha sido enseñada á adorar á un Dios que está por

encima de todos los nuestros y que repele toda sombra de abyección?... ¡No! Ligia ninguna confianza me ha hecho; pero me ha confesado que de ti esperaba la salvación, que confiaba en que Vinicio y Petronio intercederian para que el César la devolviese á Pomponia... Y cuando me decía esto, vivo carmin tenía sus mejillas y le latía el corazón con violencia... Pero tú, Vinicio, en vez de conquistar su afecto por medios nobles y generosos, le inspiraste horror y repugnancia con tus actos violentos... Puedes ahora buscarla con el auxilio de los pretorianos; pero ya te lo he dicho: si el César da con ella antes de que haya sanado su hija, la perderás para siempre.

En el corazón de Vinicio la ira cedió el puesto á otro sentimiento menos vituperable; las palabras de Actea le conturbaban profundamente. Se acordó otra vez de las entrevistas con Ligia en casa de Aulo, y entonces comprendió que había errado el camino para atraerse el amor de la doncella.

—Ligia—decía para sus adentros—habría consentido, de seguro, en ser mi esposa, si en vez de acudir á la violencia la hubiese pedido á Aulo Plaucio y á Pomponia.

Y recordando que quien le había aconsejado esta conducta era Petronio, montó en cólera nuevamente, culpándole de todo lo ocurrido. «A no haber entrometido á Nerón en este negocio, pensaba, ahora no estaría Ligia amenazada de ningún peligro ni se vería obligada á ocultarse.»

Y en voz alta añadió:

—Para reparar el daño que hemos hecho, es ya tarde.

—¡Tarde!—repitió Actea como un eco, que resonó en los oídos de Vinicio cual sentencia de muerte.

El tribuno estaba anonadado. No sabía cómo proceder, á quién acudir, qué partido tomar. Una sola idea se destacaba en la confusión de su mente: debía encontrar á Ligia á todo trance.

Maquinalmente se envolvió en la toga y dió algunos pasos para salir sin despedirse de la liberta, cuando, en la puerta que separaba el vestíbulo del atrio, apareció la noble y melancólica figura de Pomponia Grecina. Sabedora de lo acontecido y juzgando que le sería más fácil que á Aulo entrar en las habitaciones de Actea, venía á pedirle noticias.

Miró á Vinicio sin asomos de cólera y le dijo:

—¡Qué Dios te perdone el mal que nos has hecho á nosotros y á Ligia!

El tribuno quedó como clavado en el suelo, con la cabeza inclinada y sintiendo el peso de la responsabilidad por el daño causado; pero no atinando en qué Dios pudiera ser aquél que podía perdonarle, ni por qué Pomponia tenía en sus labios la palabra perdón cuando lo natural era que hablase de venganza.

Por fin marchó, desencajado, aturdido por la nube de tristes pensamientos que le oscurecía la inteligencia.

En las puertas y en los vestibulos del palacio se aglomeraba enorme muchedumbre de personas de calidad ansiosas de conocer el estado de la enferma ó de dar testimonio de interés y solicitud, aunque fuese ante los esclavos imperiales. La noticia se había extendido velozmente por la Ciudad y á cada momento llegaban nuevos grupos de visitantes, entre los que se distinguían no pocos senadores y militares, los cuales se apresuraban á pedir al tribuno noticias, que éste, abstraído en sus pensamientos, no se dignaba dar.

Ya en el arco de ingreso, vió surgir de entre un grupo de augustales la figura de Petronio. Si la conversación con Actea y las palabras de Pomponia no le hubiesen moderado su natural violento, sin duda se habria encendido de nuevo en cólera al topar con su tío; no obstante, se contentó con levantar la mano, haciendo ademán de apartarle para seguir su camino. Mas Petronio le cogió por el brazo y le preguntó:

—¿Cómo está la infantil Augusta?

Esta contrariedad exasperó á Vinicio.

—¡Qué los infiernos se la traguen, y con ella este palacio y cuanto contiene!— exclamó rechinando los dientes.

—¡Calla, desdichado!— dijo Petronio mirando en torno suyo recelosamente. ¿Quieres saber noticias de Ligia?... Vente. ¡No, aquí no te diré nada! Hablaremos en la litera.

Y, poniéndole una mano sobre el hombro, se lo llevó.

En verdad, nada sabia de Ligia; pero sintiendo el peso de la responsabilidad por los acontecimientos que afligian á Vinicio había hecho algunas pesquisas para dar con su paradero.

—He mandado esclavos á todas las puertas de Roma— dijo —dándoles las señas de la muchacha y de Oso que, indudablemente, es el raptor. Si los Aulo quieren ocultarla en una de sus quintas sabremos por qué camino se la han llevado. Si los esclavos no la ven salir será prueba de que permanece en Roma y entonces nuestras investigaciones serán más fáciles.

—Los Aulo no saben donde se halla— respondió Vinicio.

—¿Estás seguro de ello?...

—He visto á Pomponia. La buscan también.

—No creo que haya salido de la Ciudad, porque de noche todas las puertas están cerradas y desde la madrugada tengo dos esclavos en cada una con orden de que, si la ven salir, uno la siga mientras el otro viene á darnos la noticia. Si continúa en la Ciudad pronto la encontraremos porque no es difícil reconocer á Oso por su estatura y sus anchas espaldas. De todas maneras debes dar gracias á los dioses de que no sea *Barbarroja* quien te la ha robado... Tenlo por seguro, pues en el Palatino no hay secretos para mí.

Vinicio, con voz que la emoción ahogaba, refirió á Petronio cuanto le había dicho Actea respecto de los riesgos que amenazaban á Ligia. Luego prorrumpió en recriminaciones. Sin los consejos de Petronio, Ligia estaría en casa de los Aulo, y pudiéndola ver todos los días sería más afortunado que el mismo César. Conmoviase á medida que hablaba y acabó por sentir escaldadas las mejillas por dos lágrimas de pena y de impotente cólera.

## II

En cuanto llegaron á casa de Petronio, el *atriense* les manifestó que ninguno de los esclavos enviados á las puertas de Roma había regresado.

—¿Ves?— dijo Petronio.—Indudablemente se hallan todavía en la Ciudad y daremos con ellos; pero no estaría de más que mandarás también á las puertas á tus esclavos, en particular á los que anoche fueron por Ligia, pues la reconocerían más fácilmente.

—Ordené que los llevaran á los ergástulos del campo— dijo Vinicio; —pero voy á dar contraorden.

Escribió algunas palabras sobre una tablilla que Petronio envió á casa de Vinicio y entraron luego en el peristilo, sentándose en un banco de mármol para continuar la conversación. Dos esclavas les pusieron bajo los pies escabeles de bronce y les acercaron una pequeña mesa, escanciándoles vino contenido en preciosas ánforas de cuello estrecho procedentes de Volterra y de Cecina.

—¿No hay entre tus esclavos uno que conozca bien al gigante ligio?—preguntó Petronio.

—Le conocían Gulón y Atacino; pero éste murió en la refriega y á Gulón lo maté yo.

—Lamento el fin de Gulón—exclamó Petronio.—A ambos nos llevó en brazos cuando éramos niños.

—Es cierto... pensaba manumitirlo... ¡Ea! no hablemos más de ello. Volvamos á Ligia. Roma es inmensa como el mar...

—Pero en el mar se pescan perlas... No hay que confiar en hallarla hoy ni mañana; pero no dudes que la encontraremos. Me has reconvenido por haberte dado un mal consejo, sin tener en cuenta que Aulo te había manifestado la intención de trasladarse á Sicilia con todos los suyos y que, por consiguiente, habrían alejado de ti á la muchacha.

—Me hubiera ido tras ellos—contestó Vinicio.—Y, por otro lado, Ligia no correría ningún peligro, mientras que ahora, si la hija del Cesar fallece, Popea creará y hará creer á Nerón que mi amada es la causante de la muerte.

—Es verdad y lo siento. Pero no hay por qué desesperarse: aquella muñeca puede curar. En caso contrario no dejaremos de hallar algún expediente para salirnos del atolladero.

Reflexionó un instante y luego continuó:

—Popea, á lo que parece, profesa la religión judaica y cree en la existencia de los espíritus maléficos. Nerón es supersticioso y no fuera imposible hacerle entender que estos espíritus se llevaron á Ligia. Todos darian fe á esta supercheria, tanto más cuanto que no habiendo sido robada por el César ni por Aulo, su desaparición presenta carácter misterioso. No es creíble que un solo esclavo, por más gigante que sea, haya verificado el rapto, ni tampoco que en un día reuniese la gente necesaria para dar tan atrevido golpe.

—Ya sabes que en Roma los esclavos se prestan mútua ayuda.

—Es innegable; pero no en daño de otros esclavos, y en nuestro caso todos debían de tener la convicción de que los tuyos serían severamente castigados por haberse dejado arrebatar la joya cuya guarda les habías confiado. Vaya... si á éstos les insinúas la sospecha de que los espíritus maléficos verificaron el rapto, afirmarán sin vacilar que han visto con sus propios ojos como se llevaban á Ligia por los aires.

Vinicio, como buen romano, era también supersticioso.

—Si el ligio no tuvo cómplices ni ha podido realizar el rapto por sí solo, entonces, ¿quién se la ha llevado?—exclamó, mirando á Petronio con la inquietud pintada en el semblante. Petronio soltó la risa.

—Ya ves—le dijo.—Tú mismo pareces dispuesto á tragarse el anzuelo; ¡imagina lo que harán los demás! Todos creerán la patraña; nadie pensará más en Ligia y nosotros podremos ocultarla en alguna quinta lejana, de las tuyas ó de las mías.

—¿Quién crees, pues, que ha protegido la fuga?

—Sus correligionarios.

—Y ¿quiénes son sus correligionarios; qué dioses adora?...

—Es muy cierto que debería saberlo yo mejor que tú.... pero cada mujer, en Roma, rinde culto á distinta divinidad... Es lógico suponer que Pomponia le haya enseñado á adorar la que ella misma adora; pero no atino en cuál pueda ser. Lo que no ignoro es que jamás se la ha visto en nuestros templos ofreciendo sacrificios á los dioses. Fué acusada de ser cristiana; pero el tribunal de familia la absolvió inmediatamente de tan absurda como ridícula acusación. Por otra parte, los cristianos, á lo que se cuenta, adoran una cabeza de asno, son enemigos declarados del género humano y cometen horribles crímenes. Ya comprendes, pues, que es un dislate suponer cristiana á Pomponia: es patente su virtud; además ¿trataría á los esclavos como les trata si fuese enemiga del género humano?

—En ninguna otra casa se les tiene tanta consideración.

—¡Ya ves!... Pomponia me habló de un Dios único, omnipotente y misericordioso. Donde me haya dejado á los demás, es cuenta suya... Pero indudablemente cree en uno que no sería omnipotente si no tuviese más adoradores que á Pomponia y Ligia, con el aditamento de Oso. Sus secuaces deben de ser en mayor número, y ellos son, á buen seguro, los que han realizado el rapto.

—Su doctrina les obliga á perdonar las ofensas—dijo Vinicio.—Al encontrarme con Pomponia en el aposento de Actea, me dijo: «¡Qué Dios te perdoné el daño que nos has causado á nosotros y á Ligia!»

—Esto significa que su Dios será un *curator* (1) de muy buena

(1) Administrador, mayordomo ó procurador, persona que tiene algún cuidado ó manejo público ó particular.

pasta... ¡ja, ja, ja!... Que te perdone, pues, y que en testimonio del perdón te devuelva á la chica.

—Si así lo hiciera, con mucho gusto le ofrecería una hecatombe. No tengo ganas de comer, ni de dormir, ni de tomar el baño. Voy á ponerme un manto oscuro y á pasear por la Ciudad..... Tal vez la encuentre... Estoy enfermo.

Petronio le miró compasivamente porque, en efecto, sus ojos, circundados de profundas ojeras, tenían un brillo febril, hallábanse en desorden sus cabellos y en todo su cuerpo se advertía el decaimiento interno y el trastorno pasional.

—Tienes fiebre — le dijo.

—Sí.

El *Árbitro*, que sentía por Vinicio sincero afecto, trató de consolarle con algunos consejos.

—Oye — le dijo: — no sé lo que te prescribirá el médico; pero yo que no soy inexperto en achaques de amor, te recomiendo la distracción y el olvido. Si tanto empeño tienes en casarte, busca otra mujer, que en Roma, ciertamente, no escasean...

Vinicio que apenas le prestaba atención y se estrechaba la frente con las manos, le interrumpió, diciéndole con palabra rápida:

—¡No, no! ¡Déjame en paz! Mil gracias. Vagaré por las calles de la Ciudad, buscándola. Ordena que me den un manto galo con capuchón. Voy al *Transtevere*..... ¡Si al menos hallara á Oso!

Y salió.

Petronio no trató de retenerle; entró en la biblioteca, se sentó á una mesa de mármol rojo y púsose á limar su *Cena de Trimalción*. Mas, preocupado por los sucesos del día, dejó pronto el trabajo y se engolfó en graves reflexiones.

La enfermedad de la hija de Nerón le daba mucho que pensar. «Si el César se obstina en creer que la enfermedad proviene de un sortilegio de Ligia, decía para sus adentros, buena parte de la responsabilidad recaerá sobre mí, por ser causa de que la llevarán al Palatino.»

Sin embargo, no tardó en tranquilizarse, pensando que no le sería difícil destruir la sospecha, aunque no se le ocultaba cuanto tenía que temer de la disimulada inquina de Popea. Desvanecida ya toda sombra de peligro en su mente, entró en el *triclinio* para comer, y después se hizo llevar al Palatino y al Campo de Marte.

Ya muy entrada la noche y estando en su casa, hizo llamar á Tiresias, el esclavo *atriense*.

—¿Hay novedad?— le preguntó.

—Sí, señor: toda la *familia* habla de la fuga de una joven destinada á la casa del noble Vinicio. Después que saliste, la esclava Eunice se me acercó y me dijo que conoce á un sujeto que tal vez podría encontrar á la fugitiva.

—¡Ah!— exclamó Petronio —¿y quién es ese sujeto?

—No lo sé, señor...

—¡Está bién! Que se llame á ese hombre y que espere aquí, y tú ve á rogar de mi parte al tribuno que mañana venga temprano.

El *atriense* hizo una profunda inclinación de cabeza y salió.

### III

Petronio estaba acabándose de vestir en el *eleoterio* cuando entró precipitadamente Vinicio. Había enviado éste esclavos á todas las puertas de la Ciudad y á todos los caminos con las señas de Oso y de Ligia y con orden de detenerles en calidad de esclavos fugitivos dondequiera que los hubiesen; había enviado estas mismas señas á los magistrados de las ciudades inmediatas con la súplica de que los prendieran si acaso daban con ellos; había prometido una respetable cantidad como recompensa de su detención; vestido de esclavo había recorrido todas las calles de Roma; mas por ningún lado encontró huellas de los fugitivos y desconfiaba de que los magistrados se atreviesen á realizar la captura sin orden expresa del Pretor y de que los esclavos, no obstante el premio ofrecido, husmearan el paradero de su amada.

Extinguiasele en el corazón toda esperanza, cuando el esclavo Tiresias le dió el recado de Petronio y le notició que se había encontrado á un hombre que probablemente hallaría á los fugitivos.

Voló á casa de su tío y lo mareó á preguntas. Este esperó á que el joven tribuno se calmara, y luego, sonriendo, le dijo:

—En seguida veremos á ese sujeto. Es un antiguo conocido de una de mis esclavas que ahora vendrá á ponerme la toga y nos informará más ampliamente.